

DEFENSA DE LA VOZ EPISTOLAR. VARIEDAD Y REGISTRO EN LAS CARTAS DE PEDRO SALINAS

ENRIC BOU
Brown University

RESUMEN:

Pedro Salinas es un escritor bien conocido en sus cuatro “vozes”: las del poeta, prosista, ensayista y dramaturgo. Este artículo supone una primera aproximación a las características esenciales de su “voz epistolar”: subraya la importancia que tiene lo conversacional y ameno, y la variedad de registros en función de los corresponsales a quienes se dirigía. El texto se acompaña con una muestra de cuatro cartas inéditas.

RESUM:

Pedro Salinas és un escriptor ben conegut en quatre “veus”: les del poeta, prosista, assagista i autor teatral. Aquest article és una primera aproximació a les característiques essencials de la seva “veu epistolar”: amb atenció a la importància que té la conversa i l’amenitat, i la varietat de registres en funció dels corresponents a qui s’adreçava. El text és complementat amb una mostra de quatre cartes inèdites.

PALABRAS CLAVES:

Epistolaridad. Prosa autobiográfica. Pedro Salinas. Generación del 27.

PARAULES CLAU:

Epistolaritat. Prosa autobiográfica. Pedro Salinas. Generació del 27.

I. Salinas y la carta

Con este artículo, a diferencia de lo que el propio Pedro Salinas hiciera en la serie de ensayos de *El defensor*, no pretendo atacar a ningún monstruo, sino, por el contrario, reivindicar un aspecto menos conocido de la escritura de Pedro Salinas, el que corresponde a su voz epistolar. Mi intención es, pues, bien humilde: describir e iniciar una caracterización de esta faceta menos difundida de la obra literaria saliniana. Pretendo, pues, destacar la importancia que en todo momento tuvo para él la expresión privada, en voz baja, de una intimidad, en triunfo o en crisis, en la cresta de la ola o luchando consigo mismo y contra el entorno para rehacerse. Y eso sucedió, antes y después de la guerra civil, en una expresión que se resolvió en el cultivo intensísimo del arte epistolar, y en una defensa y estudio apasionada de este tipo de escritura. La publicación que se ha venido realizando en años recientes de muestras del epistolario saliniano (Soria 1992, Bou 1996), ha empezado a modificar la imagen que tenemos del arte del escritor.

La relación con la escritura epistolar tiene en Salinas una primera deuda con la tecnología. Él estableció a lo largo de su vida una particular relación con el mundo del progreso y de la expresión escrita. Unió ambos mundos en narraciones y poemas, en conversaciones y epístolas. La sumisión al progreso fue adoptada de forma decidida en la práctica epistolar: escribió buena parte de su correspondencia americana a caballo de una maquinilla Royal portátil. Esto sucedía así no sólo por pasión de modernidad, sino también por ser el propietario de una letra infernal que le obligaba a pedir continuas excusas a sus corresponsales. A mano añadía una postdata en la carta en que la aceptaba enseñar en Wellesley College: “Ah, un detalle muy desfavorable para mí: la malísima letra que tengo y que me obliga a escribir a usted. a máquina. usted me dispensará. Vale.” (carta a Alicia Bushee, 8 de diciembre de 1935, Salinas 1996 61).

El territorio en el que habita la relación epistolar, como bien explicó él mismo en su *Defensa de la carta misiva y de la correspondencia epistolar*, se rige por dos tipos de condiciones: la presencia casi sagrada de la intimidad (“la virtud y originalidad de la correspondencia epistolar surten de lo espontáneo del ser, de su pura intimidad” (284); y, en segundo lugar, la dedicación, “completa”, de un tiempo considerable de nuestras vidas. Lo resumió de manera magistral en el artículo “La mejor carta de amores de la literatura española”, en el cual confirma estos términos: “En otro lugar he aludido a dos circunstancias que requiere para su perfecta realización la correspondencia epistolar: una es el recatado aislamiento, el retiro a la propia intimidad, hurtándose a los ojos. ‘Apartándose...’ Otra es el tiempo, el sentirse libre de premura, escribir a espacio”: ‘mucho sosiego’. Por aquí se muestra el caballero versado en todas las delicadezas del género, señor, también en epistolografía” (*Ensayos* III 87).

Otra reflexión importante que sugiere el mismo Salinas, a propósito del género epistolar, subraya la facilidad del mismo para suscitar la convivencia. Según él, la carta se transforma en un espacio idóneo para la convivencia íntima, puesto que las cartas, como las miradas, son sólo para dos: “Es la carta pura. Privada, pero no solitaria, compartida, convivida.” (*Ensayos* II 233). Quizá por ello, en el caso de este escritor, las cartas son vehículo de la amistad y se convierten en multiplicadoras de atenciones. “La atención de Salinas -escribió su amigo Jorge Guillén- se manifestaba en ‘atenciones’, gentilísimo plural castellano. Curiosidad, juego, conciencia, servicio: muchas fuentes formaban aquellos caudales de atención” (33). Así podríamos aludir a una de las constantes más fecundas del epistolario saliniano: mantener un contacto, o expresar preocupación por los amigos necesitados. De ahí su protesta airadísima, contra el intento de supresión de la carta que le parecía leer en el anuncio a favor del uso del telégrafo: “Wire, don’t write”. Esta reacción se debe a su empeño en mostrar en vivo un estado de la cuestión, la suya, el propio emisor, quien escribe la carta, y el estado de su relación con el destinatario. Este fenómeno ha sido detectado por algunas estudiosas del género. Así Janet Gurkin Altman en su estudio *Epistolarity* ha indicado:

Escribir una carta implica dibujar las coordenadas personales -temporales, espaciales, emocionales, intelectuales- para decir a alguien en donde estamos en un momento determinado y hasta donde hemos viajado desde el último escrito. Los puntos de referencia de este mapa pertenecen tan sólo al mundo compartido por quien escribe y quien recibe la carta: el diálogo epistolar es subrayado por los recuerdos comunes y, a menudo, por las experiencias comunes que se producen entre la escritura de las cartas.¹

Salinas se dedicó con pasión ejemplar a registrar, para sí y para muchos de sus semejantes (familiares y amigos, incluso las múltiples relaciones profesionales) facetas del vivir, y de su vivir. De hecho, se empeñó en esa (según testimonio de Juan Marichal) “su casi diaria expansión epistolar” (18), en reflejar, y contestar a, sus reacciones más emotivas al entorno. Por eso cumplió con el precepto del diarista. Fue, así, un Pepys de su tiempo. Pero en lugar de ejercer su oficio a través del diario formal lo ejerció a través de la actividad epistolar. Y ello ocurrió con una extraordinaria prolijidad en especial durante los quince años que vivió fuera de España, desde poco después del comienzo de la guerra civil hasta su muerte. Precisamente su escritura epistolar se volvió más activa cuando el entorno, por lo extraño y plácido en exceso, resultaba más provocador. Sus frecuentes epístolas del período vivido en América -entre los Estados Unidos y Puerto Rico- reflejan una dedicación al cultivo del género de manera casi exclusiva e incluso obsesiva, como si se tratara de una vía de escape de una realidad cotidiana muy anodina, en la que a excepción de la vida de familia, le faltan los contactos amistosos, el asalto constante de la vida de la calle.

Es importante destacar que se vislumbra, de entrada, una combinación de los datos y el registro intimista, con el vertido hacia afuera, más abierto, amistoso. Son las cartas que podemos leer como si fueran sustitutivos de tertulias, y en donde encuentra el espacio más idóneo para el ejercicio de su humor legendario, que oscila entre el comentario corrosivo y el simple chascarrillo, en apariencia más inocente. Así lo podemos constatar en una carta de 31 de enero de 1950, dirigida a su hija Solita y Juan Marichal, la cual nos sirve de buen ejemplo de dos detalles, el ambiente de intenso aburrimiento en que vivía y la prolijidad de la escritura de esos años:

Por lo demás en casa reina la calma, y sólo se oye el rítmico tecleo de mi aparato escritorio, dale que te dale. He vuelto a la noria, como el caballo que le soltaron para triscar y regocijarse unos días y luego le ponen otra vez a dar vueltas. (La metáfora es especialmente dedicada a vosotros y no se insertará en ninguna otra obra.)

El resultado de esa actividad del “aparato escritorio” son las últimas obras, los

¹ “To write a letter is to map one’s coordinates –temporal, spatial, emotional, intellectual– in order to tell someone else where is located at a particular time and how far one has travelled since the last writing. Reference points on that map are particular to the shared world of writer and addressee: underlying the epistolary dialogue are common memories and often common experiences that take place between the letters” (113).

cuentos, poemas y ensayos. Y, menos conocido, la cantidad ingente de cartas que envió a familiares y amigos.

II. La “voz epistolar”

Pedro Salinas reflexionó con agudeza sobre el género literario que nos ocupa. En su ensayo dio con una definición de la carta que ahora puede sernos útil. Según él, la carta:

“es una exteriorización de un estado subjetivo del momento, de un modo de sentir o pensar aislado de los demás, y comunicado a otra persona libremente, tal como se nos ocurre.” (*Ensayos* III 260)

Mucho de éstos tienen *sus* cartas. Mucho de esa especie de subjetivismo paroxístico, fruto de la concentración de una fuerza mental, resultado de una escritura al hilo de las ideas, en asociación casi “caótica”, como quería Don León Spitzer. De entrada podemos destacar la idea de variedad y multiplicidad, asociada a, y condicionada por, esa existencia de un “estado subjetivo”. Estamos bien cerca de lo que Claudio Guillén, de una manera más técnica, denomina el “radical of presentation”:

La noción de lugar y tiempo, la capacidad de imaginar al otro, la voluntad de dejar que la palabra afecte a las palabras, el proceso y la improvisación como a forma.²

Es por el carácter polimorfo de la carta, por esa inasibilidad, y por la capacidad de adaptación a nuevas necesidades y situaciones comunicativas, que Vincent Kaufmann ha podido decir que “La lettre est un objet trop mouvant, trop polymorphe pour qu’on puisse en envisager une description véritablement systématique.” (1986 388) No hace falta ser tan pesimista, porque algo sí podemos asir.

La carta es un asunto entre dos personas, lectores privados, y para ellos la carta tiene una finalidad muy clara: a través del diálogo epistolar se establece el “mapa” personal e intelectual, y el progreso entre la comunicación anterior y la presente. Es, para el gusto de los pragmatistas, un texto que corresponde a una situación comunicativa cambiante, en la cual domina el diálogo construido a partir de formas de monólogo, y que exige una determinada actitud por parte de quien lo escribe y lo lee, por lo menos en una primera lectura. Es una situación ciertamente especial. Claudio Guillén ha presentado la carta como un diálogo a medias: una parte de la conversación con un amigo ausente (77).

El concepto de “voz epistolar”, por todo lo que venimos examinando hasta ahora, puede servirnos como paradigma teórico, apto para leer el vasto conjunto de éste o de

2 “The sense of place and time, the ability to imagine the other, the willingness to let the word affect the words, process and improvisation as form” (82-83).

cualquier epistolario. Quisiera recordar en primer lugar que la idea de “voz” asociada al epistolario saliniano no es invento mío, sino que ya ha sido apuntado por ilustre estudiosos de su obra. ¿Qué es, pues, la “voz epistolar”? Coincidiendo con Juan Marichal, en el “Prologo” a *Tres voces de Pedro Salinas* (1976), podemos reconocerla como una de las voces que estaban más allá de la dedicación central a la literatura de Pedro Salinas, la que provocaba esas “tres voces” que Marichal consideraba como más destacables: una voz “intimista”, la del canto amoroso; otra “contemplativa”, la del canto espiritual; y por último una “expositiva”, de presentación del pensamiento, la de los ensayos:

Para Pedro Salinas, cada voz literaria (en un mismo escritor) difería sustancialmente de las demás. Creencia que respondía a su idea de la creación literaria como una manifestación de ese otro, de ese desconocido que el escritor lleva siempre consigo.

En efecto, más allá de estas tres voces centrales, que reconocemos en los mejores escritos de Salinas, supeditada a ellas, pueden distinguirse todavía varias más, entre ellas la “epistolar” (19-20).

Reconozco que el concepto de “voz epistolar” se presta a excesos. Uno, quizás el más peligroso, el de inclinarnos por una lectura a la Sainte-Beuve, de la más baja estirpe. Porque la consideración y lectura de la obra Pedro Salinas está muy cerca de ese dicitario fulminante que Marcel Proust escribió respecto del método funesto del crítico francés: “un livre est le produit d’un autre *moi* que celui que nous manifestons dans nos habitudes, dans la société, dans nos vices. Ce moi-là, si nous voulons essayer de le comprendre, c’est au fond de nous-mêmes, en essayant de le récréer en nous, que nous pouvons y parvenir. Rien ne peut nous dispenser de cet effort de notre cœur”. (127) Y así sucede también con el epistolario. Cumpliéndose una vez más la previsión funesta (¡y la paradoja!) que Philippe Lejeune ha relacionado con la literatura autobiográfica, sobre la inasibilidad del yo íntimo, incluso en esos textos abocados, en apariencia, a la prospección y exposición de ese yo: “le paradoxe de l’autobiographie littéraire, son essentiel double jeu, est de prétendre être à la fois un discours véridique et une oeuvre d’art” (1986 26). En el epistolario vamos a reconocer a un Pedro Salinas distinto, pero en el fondo a un escritor. No estamos ante el diván, sino ante la comunicación. Y ésta se basa en la explotación de reconocidos recursos literarios.

La situación epistolar, por otra parte, tiene un carácter equívoco que Vincent Kaufman ha definido con pericia:

Il y a en effet dans le geste épistolaire une fondamentale *équivoque*, dont l’exploitation conduit aux frontières de l’écriture poétique. La lettre semble favoriser la communication et la proximité; en fait, elle disqualifie toute forme de partage et produit une distance grâce à laquelle le texte littéraire peut advenir. Si l’écrivain voulait communiquer, il n’écrirait pas, et cette possibilité idéale de *ne pas* communiquer est sans doute la raison pour laquelle il entre-

tient souvent des correspondances volumineuses, acharnées, s'efforçant inlassablement de convoquer autrui pour mieux le révoquer. (1990 8).

Esta consideración nos es útil para acercar la “voz epistolar” al terreno de la pura literatura, al artificio, y a alejarla de lo estrictamente biográfico. Además, la detección de una “voz epistolar” puede ser útil para establecer una distancia (y una relación) entre poesía y voz, como la que existe entre carta y conversación:

He aquí un hombre que ya no escucha como antes, sino que mira; y un poema [podemos leer una “conversación”] que ya no se yergue hecho sonido, voz cálida, sino que se está quieto, inerme y mudo en el papel. (“Poesía y voz”, *Ensayos* III 450)

La idea de “variedad” asociada al epistolario de un escritor, nos permite recoger y ampliar la muy citada afirmación de Gustave Lanson, que los géneros de las cartas son tantos como las calidades morales, sociales o civiles de quienes las escriben. Modificando levemente esa opinión podría decirse que el calibre y la calidad de las voces que resuenan en las cartas dependen, en buena parte, del corresponsal receptor. Se cumple así, una vez más, una condición importante del ciclo de la comunicación examinado por Roman Jakobson. La calidad de la comunicación depende en buena medida del tipo de relación que se establece entre emisor y receptor, y de las armas -el contacto o los elementos fáticos- para confirmar el mensaje. Lo dicho y lo sobreentendido.

Este fenómeno, el de la multiplicidad de voces, fue recordado con exactitud por el propio Salinas en su *Defensa de la carta*:

A cada corresponsal tengo que figurármelo, que representármelo, antes de trazar su nombre en la salutación. De modo que esta soledad en que usted cree verme es pura falacia, porque por aquí, conmigo, andan todos los amigos a quienes convoco con los rasgos de mi pluma, y me gasto la compañía más heterogénea y divertida que usted puede pensarse, con gentes de toda calaña y edades, de los más vecinos a los antípodas. Y como cada cual es como es, cada uno me inspira un modo particular y diferente de dirigirme a él, concorde a su índole. Y así vivo embriagadamente en mis escrituras, como de mil vidas distintas. Basta que piense en Fulano para que se me abra la vena irónica; que me recaiga la memoria en Zutano, para que empiece a destilar la melancolía. (*Defensa...* 230).

Salinas practicó hasta límites insospechados esta especie de travestimiento, de acomodación al corresponsal a quien escribe. La multiplicidad viene acompañada en su caso por la “constancia”, el uso muy frecuente (¿excesivo?) de este tipo de comunicación, por razones obvias, ajenas a su voluntad. También por una querencia: la de sustituir algo distinto y perdido en la vida del exilio, la comunicación oral. Es evidente que tenemos que distinguir entre dos momentos de la escritura epistolar de Pedro Salinas (y, por extensión, de todos los miembros de su generación): antes de la guerra civil, cuando se escribía por placer, o por cumplir con deberes más o menos profesionales, para mantener un lazo vivo. Véanse, por ejemplo, la serie de cartas de esa época a Juan

Ramón Jiménez, a Juan Guerrero, o a Jorge Guillén, que funcionan como vínculo entre visitas, conversaciones o favores, en un momento en que la relación personal era frecuente y fácil. Cada una de estas series, con sus particularidades, dibuja unas variantes de la amistad: la devoción, agradecimiento y respeto hacia Juan Ramón; la camaradería complaciente, las deudas con el cronista, y el saberse usufructuarios de una zona privilegiada de la costa, en el caso de Guerrero; el tono de intensa fraternidad, con Guillén. Ya en el exilio, las cosas cambian radicalmente, y los ritmos de las relaciones se alteran. Se escribe por necesidad íntima. Y por imperativo moral. Buscando soluciones para los amigos (Dámaso Alonso y Guillén), opinando, y muy duramente, sobre los eventos inciviles de España, o el espectáculo de demencia de la civilización occidental. Como dijo Juan Marichal: “El cartearse con los amigos y colegas de España y de las dos Américas fue probablemente en su origen un sustituto de la tertulia y otras formas de expansión oral, de que tanto gustaba el españolísimo conversador que era Pedro Salinas.” (18). Y como recordaba Dámaso Alonso, por otro lado, las cartas fueron una muestra temprana de la afición de Salinas por la prosa. El propio Alonso también las agrupaba en dos épocas: “cartas de antes de la guerra, largas, y más numerosas y largas aún después de la guerra. Y llenas de humor y de cariño. Escribía con mucho afecto, a vuela pluma, con mucha gracia y con espíritu hábil, pero con letra difícilísima, sin duda por la velocidad que imprimía a su mano.” (14)

En esta consideración, de la carta como suplemento de la tertulia, las cartas con “afecto” son de una extensión legendaria.

III. Temas y ejemplos

¿Cuáles son los temas y modos recurrentes de esa voz epistolar? ¿Cuál es la variedad y el registro del epistolario saliniano? Aquí puede ayudarnos, de nuevo, la voz docta de Juan Marichal. Distinguía él dos tipos de cartas: las “cartas expansivas”, a los amigos, es decir aquellas en que se reacciona, con humor o dolor, ante la locura del mundo; y las cartas “íntimas”, como las dirigidas a la mujer durante el noviazgo, entre 1913 y 1915. Estos se corresponden con puntualidad con los tipos ciceronianos: “unum familiare et iocosum, alterum severum et grave”. (Claudio Guillén 75-76). Parafraseando a Salinas podríamos preguntarnos por el tema y los temas de su epistolario. Cuatro se nos aparecen como obvios: la propia escritura epistolar, el estado de la lectura (de la enseñanza, del mundo editorial en español con el que, desde su distancia de Baltimore, mantenía frecuentes y activas relaciones, en México o en Buenos Aires). La lengua y el lenguaje, y aquella como reducción simbólica de su situación de exiliado, de hombre “transterrado” y falto del aliento. La capacidad creadora de las minorías literarias. Los temas de *El defensor*. Pero ésto es tan solo un punto de partida, y aunque parezca un empeño casi vano intentar reducir a tipología abtrusa tanta

variedad y diversidad, me atrevo a ello, y pueden apuntarse algunos temas, más allá de los límites de su ensayismo. El distingo entre lo privado (cartas familiares y a amigos) y lo público (las cartas oficiales) puede ser un buen punto de partida.

Unas cartas oscilan entre el diario íntimo (en especial las dirigidas a Margarita Bonmatí) y el libro de viajes, que modifican su tono en función del destinatario, madre o hijos. Se basan en la descripción y en la curiosidad. Fruto de una separación forzosa: el tiempo del noviazgo o los veranos en Santander o en Madrid, antes de la guerra; desde Wellesley y Middlebury, durante un largo curso académico en 1936-37, o los veranos de California y Méjico. La visita, triunfal, a Colombia, Perú y Ecuador en 1947. Todas esas series quedan unidas por un apunte delicado de la realidad circundante, más o menos sorprendido, sí, pero atento a los detalles ínfimos y a lo cómico. Entusiasta, como resultado de la separación de su entorno habitual. En estas domina también el consejo, paternal, el comentario decidido. En la dirigidas a Margarita Bonmatí, un delicadeza extraordinaria, la confidencialidad.

Otro grupo importante lo forman aquellas series de cartas dirigidas amigos. Sorprende desde la variedad de tratamientos (de usted con Américo Castro, el tuteo después de algún tiempo con Amado Alonso), hasta la reincidencia de temas actitudes y obsesiones: la crítica de lo americano, las quejas amargas sobre la situación editorial personal. Quejas -planto las llamaba- que resuelve con salidas humorísticas: “De Losada nada te quiero decir. Se empeñan en ser mis editores póstumos, sin duda para la explotación adecuada.” (carta a Amado Alonso, 15 de enero de 1948). O en otra ocasión, en carta a J. Ferrater Mora, escribe: “Pero la providencia no se cansa de actuar justamente. Porque a medida que mis ganas de escribir medran, las dificultades de editar acrecen en la misma proporción. De suerte, que como si no escribiera; y así nadie sale perdiendo por mi manía escrituraria. Les propuse a los de la Sudam.[ericana] editarme los cuentos o el teatro; o los cuentos y el teatro. Cuestion de conjunciones, no más. Ellos me han dicho gentilmente que ni lo uno ni lo otro. Parece que falta papel; dicen. Total, habrá que volver al pergamino.” (11 de enero de 1951). Hay, por otra parte, ensayos en potencia (como ejemplos de pre-defensas). Es el caso de la carta usada como terreno para la metafísica portátil, o como banco de pruebas que, antes habrían muerto en la tertulia, y ahora pueden desembocar en el ensayo, estrictamente literario, o bien el más puro, los de *El defensor*. Le sorprende la monotonía de Norteamérica, como escribe a Margarita:

La ‘party’ corriente en América, con las mismas cosas de comer, de hablar y de pensar. Es curiosa la terrible monotonía de este país. Difiere California, a más no poder, del Este, de la costa Atlántica. Luz, clima, paisaje, todo es diferente. Pero las convenciones sociales son las mismas, o con levísimas variantes. Te sirven las mismas cosas para el té, sabes que debes pasar los tres cuartos de hora consabidos, y no más, y al irte se repiten las mismas palabras. Y así, en todo. En las tiendas de San Francisco encuentras un género igual al de las de Boston. En los drugstores idénticos productos, a igual precio. Yo creo que son dos los facto-

res que han planchado, por decirlo así, a América. (...) Uno la educación, otro el comercio e industria. (...) Pienso mucho, por ejemplo, en las cosas de pastelería y dulcería de España. ¡Qué delicia! Cambiar de región, de ciudad, a veces de pueblo, era encontrar una cosa nueva, típica y original. Cada tierra tenía su gracia, su sello que se notaba hasta en eso. Aquí, hija mía, el ‘apple pie’ horroroso es el único dulce que se te sirve de Norte a Sur y Este a Oeste. Y los mismos bombones, de igual marca. (29 de julio de 1941; Salinas 1996 166)

En otra carta a Margarita, de 17 de junio de 1939, después de una visita al “Grand Canyon”, escribe una digresión de alcance pseudo-teórico sobre el turismo:

Sabes, he descubierto que el turismo tiene tres grados, de menos a más. El primero, y elemental, es ver. La mayoría de los turistas ven, nada más. Ven lo que les enseñan, sin voluntad, porque se lo ponen delante, sin escoger ni diferenciar. El segundo grado es mirar: ya en mirar hay elección, y más actividad; se mira lo que uno prefiere e implica cierta personalidad e iniciativa. El turista decente ve todo, pero escoge y sólo mira a ciertas cosas. Y se llega al tercer grado: contemplar. Eso es lo supremo: una vez escogido lo que nos llama más la atención al corazón, se lo contempla es decir se fija la vista en ello, se pone en la vista la voluntad de penetrarlo con el alma, y así va uno apoderándose de ello. Es el grado supremo, porque al llegar a él el turismo queda abolido: ya no se anda, no nos movemos. Plus de tours! El verdadero turismo conduce a la contemplación, ¿no te parece? A pararse, a no andar más. ¡Jardines de Granada! (Salinas 1996 109)

Lo notable es que el “espíritu” de la letra de estos comentarios está calcado del que genera la serie tan notable de *El defensor*, y ello nos permite establecer otra conexión con otro ámbito de su obra literaria.

En otras cartas leemos opiniones literarias “sinceras”, puesto que no están escuchadas tras la firma y presentadas en papel impreso. Son críticas memorables como las opiniones que vierte sobre *Cántico* de Jorge Guillén o sobre el *Diccionario de Filosofía* de J. Ferrater Mora. O, en otro orden, homenajes sinceros con su gota de humor. Pedro Salinas y Jorge Carrera Andrade coincidieron en San Francisco en el verano de 1941. Descubrieron un día una botella de amontillado marca “Cántico” y le mandaron unos versos improvisados al poeta amigo: “Desde esta orilla del Pacífico/ Van a buscarte, rumbo Atlántico,/ Bebiendo este caldo magnífico/ Que se atreve a llamarse CANTICO.” Lo tildaban de “Homenaje al autor de la alta embriaguez.”

En otras ocasiones plantea pequeñas declaraciones de principios. Una, por ejemplo, explica desde dentro el giro y motivaciones de su actividad ensayística última: “desde que estoy aquí,” –le decía a Amado Alonso el 2 de abril de 1948– “le voy tomando inquina creciente a eso que llaman estas gentes *scholarship*, y que -aparte de su más grave defecto, que es el interno, claro- consiste en rehuir todo acento personal y escribir pedestremente. Yo, dentro de la modestia que mi capacidad impone a mis aspiraciones, quiero ser cada día menos propenso a la *scholarship* y más adicto al escribir: ser escritor, sencillamente.”

En estas cartas de registro familiar y amistoso, la nota jocosa y cómica es domi-

nante. La presencia del humor se combina con lo afectivo. Eso, que es tan característico de su poesía, alcanza aquí extremos considerables, al perder el control del papel impreso. Como ha indicado Stixrude: “Las ingeniosidades verbales, los juegos de palabras, las difíciles paradojas que caracterizan tanto la poesía de Pedro Salinas, son productos de un espíritu esencialmente irónico, hondamente serio.” (21).

Esta reflexión sobre el humor saliniano nos permite ampliar lo insinuado antes a propósito de la tertulia. Estas cartas limitan en muchas ocasiones con la tertulia, son incluso como un sustitutivo de éstas. Renato Poggioli fue quien indicó con precisión la conexión entre carta y tertulia: “Per un delicato scrupolo morale, per un pudico decoro, per la venerazione in cui teneva le lettere e la stessa scrittura, Salinas dava libero sfogo ai capricci e ai rabeschi della sua fantasia solo nelle forme espressive che tengo no più dell’improvvisazione che della composizione.” (9) Aquí hay espacio para que pueda apuntar desde el chascarrillo hasta la anécdota más completa, que da lugar a una pequeña narración, a partir de un registro oral, que prima el diálogo rápido y sincopado, que favorece el genio cómico y satírico, el estilo lacónico y epigramático. Saltamos, de hecho, a la “charla”, de las que el crítico italiano distingue dos tipos: charla-fábula y charla-apólogo, según el carácter estrictamente narrativo o con ribetes moralizantes, con lección. Buen ejemplo de la primera serían los múltiples juegos de palabras que se permitía con la lectura literal del inglés: “Ah, he descubierto que hay un pueblo en Wisconsin (le leí en el diario, dando cuenta de un milagro que allí ocurrió) llamado NECEDAH. ¡Sin comentarios!” (carta a Solita Salinas y Juan Marichal, 19 junio 1950). Estos comentarios le permiten introducir un tema recurrente en el epistolario norteamericano de Salinas, el desencaje respecto de aquella sociedad. Un tipo de sentimiento compartido por muchos, y que en su caso debía ser más agudo por la solución imposible que acarrearaba. Una muestra excelente de este desencaje, pero también de las dimensiones narrativas de las cartas, nos lo muestra la reseña, plástica y animada, y el comentario, jocosos, de la sesión de censura de la película “Don Quijote”:

Y ahora el estupendo suceso ocurrido en Baltimore la semana pasada. Fue la inspección por la Junta de Censura, de la película española *Don Quijote*, que empieza el jueves en el Little. Solicitaron a Tito (por Loyola) y a la mujer de Wardropper (por Goucher); pero como ésta no pudo ir fué el esposo. El relato, hecho por Tito frisa en el helenismo, como dijo el otro. Primera objeción: Maritornes, cuando sube en busca del arriero con su camión de noche. “Obsceno, pornográfico” gritó una dama de la Junta. Según ella era la mirada de Maritornes la que denotaba sus intenciones; se pasó el trozo dos o tres veces más para mirarle la mirada a la infeliz. Segundo reparo: el latinajo, *Dominus vobiscum*, del ventero cuando arma a Don Quijote: podría tomarse como irreverencia por la Iglesia. Wardropper les hizo notar que el Quijote no estaba en el Índice, y que la película era española, es decir hecha bajo el manto de la Iglesia. Como sí no. Tercera: arremete Don Quijote contra el rebaño de ovejas. Pase, aunque con resistencia; pero cuando ensarta una oveja (de trapo, claro) y la alza con la lanza en el aire, se alza también el grito de protesta de la dama y caballeros: eso no lo tolerará la Sociedad protectora de animales. Y ya viene lo más grande: los azotes que tiene que darse

Sancho para desencantar a Dulcinea. Claro han de ser en las posaderas y ahí está lo grave. Tanto como a Sancho les duele a la Junta que sea ahí, precisamente. Porque en el letrero inglés aparece la nefanda palabra: *buttocks*. Esa palabra hay que borrarla. Wardropper se levanta y dice: “I am British and I don’t know a better word for it.” Total Tito y él formularon voto particular y no se sabe si quitarán esos trozos y vocablos o no. Esto no es invento mío; ha sucedido, tal y como se relata, en esta ciudad y en 1950, año de la bomba hidrogénica. Yo supongo que lo que no les gustó no fue esos pasajes, sino la película entera, indudablemente desconcertante para el *abencerraje*. Yo me precipitaré a verla el primer día por si la quitan al siguiente, en virtud de la justa indignación pública. Así se hereda la civilización occidental, y “echa p’alante, Manolo,” que dicen en esa civilización. (31 de enero de 1950)

Estamos, casi, ante lo que podría haber sido una conversación de café. Y, pasado a la escritura, aunque sea en una carta, produce un texto de destreza considerable. Estas estrategias discursivas nos permiten relacionar muchos fragmentos de las cartas de Salinas con lo que Bajtín denominaba el discurso de doble dirección, que se fundamenta en la *estilización*, es decir la apropiación del discurso de otro y su sumbisión a los intereses del escritor (en este caso el papel de los censores); la *parodia*, en la que un discurso ajeno es utilizado con una finalidad opuesta o incongruente con la intención del original (“en virtud de la justa indignación pública”); la *narración oral*, o la imitación del tipo de situación que se produce en una conversación, o en una tertulia, con anécdotas frecuentes para ilustrar el sentido de un episodio.: la “maldita horita de clase”, “l’Uropa”, aquí “echa p’alante Manolo”, etc.). O el “*diálogo*”, no en un sentido literal, sino entendido como discurso que alude a otro discurso *ausente* (polémica escondida). Esto último sucede con tantos textos del epistolario que insinúan líneas de relación con la propia obra de Salinas, anuncio de versos, primeras versiones, o textos en potencia. Como esas estupendas cartas “literarias”: el viaje nocturno en coche, el paseo en barca por Santander, o tantos viajes en tren y avión. En las cartas íntimas se produce un fenómeno que es muy cercano al que Stixrude considera el tema central de la poesía de Salinas: “la necesidad de sobrepasar las restricciones desvitalizadoras del sino humano, mediante un ejercicio de voluntad.” (26)

En el segundo grupo de la correspondencia, en las cartas de tono más “oficial”, resuelve sus “negocios”: asuntos profesionales de la Universidad, o sus relaciones con el mundo editorial. Sorprende en gran manera el comprobar que las cartas dirigidas al mentor de sus primeros pasos literarios, Juan Ramón Jiménez, se inscriben sin ningún reparo en esta categoría de carta distante, formal. También pueden incluirse las cartas “abiertas”, más próximas a la epístola clásica. Son las que escribió al *New York Times* (en protesta por falsas informaciones sobre la guerra civil), a la *Hispanic Review* (por una crítica que él consideraba injusta a su *Reality and the Poet in Spanish Poetry*), o a periódicos de México y España. Con motivo del centenario del nacimiento de Cervantes, en 1947, se despacha con una “Carta abierta” que publica en *Las Españas*

(México), en la que reclama una edición crítica del *Quijote*, una empresa americana: “Nuestro íntimo deseo, -por lo menos el mío- es que cuando volvamos a una España digna y libre, llevemos entre las manos ese *Quijote*, hecho aquí, en América, por hermanada colaboración de americanos y españoles, para ofrecérselo al pueblo español, de quien es, en sus raíces.” (29/VII/1947). El tono que usa para escribir las cartas “formales” recuerda el de las “defensas” pero más en bruto. Y a lo bruto. Es casi siempre un ataque y, además, temible.

Otras, en apariencia más banales, tienen su gracia. Se trata de cartas oficiales, de compromiso, en las que acepta invitaciones para dar conferencias, rechaza o acepta ofertas laborales, escribe recomendaciones. Destaca ahí siempre el gracejo, el no perder la oportunidad de colocar algún comentario más o menos irónico, sí cómico. O el tono doctoral, en especial, las dirigidas a estudiantes. Doctoral, no por la distancia, sino por la cordialidad de quien puede dar un consejo.

Capítulo aparte merecen los principios y finales de cartas. Es el dominio de la *captatio benevolentiae*, en términos que limitan con la hipérbole. En las despedidas era un maestro consumado, explotando a conciencia las posibilidades que le ofrecía la retórica: “Adiós, guapos. Sed buenos, escribidme, trabajad y jugad bien. Os abrazo con mamá y sin mamá y a mamá con vosotros y sin vosotros.” (Carta a Solita y Jaime 22/III/1937)

La carta sobre la carta. No desde un punto de vista teórico, sino como *leit-motiv* referencial. En una carta de 16 de diciembre de 1936 escribe a Margarita sobre las diferencias del correo -se queja básicamente de la lentitud del correo-, sueña en una velocidad distinta para cada carta, dentro de la misma saca, según la necesidad de comunicación de quien la envía: “Ya las cartas por avión han creado como una aristocracia del correo. Y otra semi-aristocracia son las cartas urgentes. Pero de todos modos, sigue siendo terrible esa servidumbre a ‘la Administración’ de lo más personal.” En otra, dirigida a la misma destinataria, de 21 de junio de 1939, se rebela ante su sugerencia de que ella guardará las cartas para un uso “literario” posterior: “que sean lo más parecido a la conversación, en lo desinteresado y directo” (...) “Margarita, ninguna de las palabras escritas valdrá jamás lo que valen las palabras que me oyes y que te oigo, esas que no se pueden guardar.” Subraya aquí también el carácter episódico, de la comunicación epistolar. En otras ocasiones se presenta, por una maniobra extrema de *captatio* como un pésimo escritor de cartas. En carta a José Bergamín, de 22 de abril de 1924, escribía:

Ya hace unos días que recibí su carta: pensaba ir a Madrid en esta semana pero dificultades universitarias me lo impiden y se frustra así mi deseo de hablar con V. en vez de escribir. No queda otro remedio que el epistolar y a él acudo aunque con mucha vergüenza, porque en esa cuenta de las cartas todo lo dado, y tan amablemente, está de su parte, y todo lo debido de la

mía. Me preocupa a veces esa íntima resistencia mía, que no soy por lo demás menos comunicativo que la generalidad de la gente, a escribir cartas y me temo que tras la excusa triste de la pereza y el descuido externos, haya realmente una honda pereza, un defecto de vocación, algo más que una simple falta de formas o formulas. Acaso encuentre usted sobradas estas consideraciones confesionales pero es que para explicarle a usted cosas como mi silencio ante su libro (libro que leí con íntimo gusto, por sus cualidades nobles, por ser un libro de posición en estos días en los que sólo se busca situaciones canjeables, aforismos sin sequedad aforística) es menester, querido Bergamín que me explique yo a mí mismo, negocio en que siempre acabo por enredarme y ahora por enredar a usted también: en suma por no explicar nada a nadie.

Es, también, el dominio de lo autoreflexivo. Que le lleva a insistir en detalles de presentación, como el motivo de la “mala letra”. En la misma carta a José Bergamín escribe: “Perdóneme la escritura a máquina de esta carta, pero mi letra es detestable, y no me encontrarba con fuerzas para escribir tanto. Me excusa, hasta con esto!”. El fenómeno autoreflexivo puede explicarse en parte, porque cuando escribimos una carta nos leemos a nosotros mismos, pero también, sobre todo si es respuesta a otra carta, leemos la carta anterior de nuestro corresponsal. Por eso el género epistolar es, de alguna manera, autofágico, y nos hace alternar continuamente la posición: escritores, lectores, escritores, etc. Desde un punto de vista *semántico* hay una evocación simultánea de la operación de leer y escribir, entre el que escribe la carta y quien la lee. Como ha escrito Altman:

La carta es un instrumento fundamental de revelación y descubrimiento, de forma que el acto de leer en la ficción epistolar corresponde a menudo al momento clásico del reconocimiento (la *anagnorisis* de Aristóteles), ya sea a través de la relectura de las cartas de uno mismos o bien de un examen detenido de las cartas de otra gente.³

En una misma carta se reproducen dos roles básicos: el de narrador y el de narratario (*narratee*, la persona inscrita en el texto a quien se dirige la narración), es decir, de codificador y de decodificador: nosotros escribimos sobre hechos de los que hemos sido los protagonistas directos.

IV. Conclusión

Mencioné al principio la necesidad de modificar nuestra imagen del Salinas escritor, a partir de la lectura del epistolario. *Whishful thinking*, o más castizamente, debería decir “esperanza vana”. Si por acaso, el epistolario nos acerca más a una posible imagen íntima, en el terreno de lo privado del poeta. Las cartas presentan una vía de

3 The letter is a prime instrument of revelation and discovery, so that the act of reading in epistolary fiction often corresponds to the classical moment of recognition (Aristotle's *anagnorisis*), be it through a rereading of one's own letters or a close scrutiny of the letters of others” (92).

acceso a un Pedro Salinas en apariencia más cercano, más de carne y hueso. A ése a quien aludía Juan Marichal a propósito de los ensayos:

Puedo asegurar que (...) la personalidad humana que se desprende de las páginas de este libro [*El defensor*] es 'nuestro don Pedro', el fiel trasunto del hombre entero: madrileño cordial de nacimiento y europeo natural de 'la belle époque', criado en el mundo galdosiano del 'honrado comercio' y de los maestros krausistas, 'recriado' en París y apasionado 'voluntario de Sevilla' (modificando la adhesión toponímica de Alfonso Reyes el mexicano que gustaba en denominarse 'voluntario de Madrid'). Pedro Salinas no se dejó -en sus años de exilio- el alma en el tintero ni en su trasegada maquinilla Royal. (74)

Algo parecido sucede con el epistolario. Algo parecido y, quizá, más profundo en los detalles de intimidad. Nos parece estar más cerca del autor de esos libros, más que cuando leemos los ensayos. Pero es sólo eso, una esperanza. El yo del sujeto se escinde en esta variedad y desaparece, inasible, entre la montaña de papel.

Las cartas de un escritor tienen un algo de germen de libros posibles, escritos - libros de poemas, información puntual del *work in progress*- y no escritos. El epistolario saliniano es de una tal riqueza que permite al lector adivinar facetas inéditas del escritor madrileño. Por ejemplo, permite leer determinadas series de cartas como si fueran un libro de o de un diario íntimo. Ello se debe a la variedad de registros del propio epistolario. El carácter polifónico, en la línea del diálogo bajtiniano, se efectúa con la propia obra y las obras de otros autores, amigos y contemporáneos o distantes en el tiempo. Pero también se establece un diálogo entre los diversos registros (los diversos niveles de lengua) que pueblan el epistolario y, casi siempre, una misma carta.

Según gustaba de recordar Pedro Salinas, en frase feliz de Ramón, "la muerte es un estado en que no se pueden fumar puros". Ni escribir cartas, añadiría yo, porque el cultivo de la epístola tiene en Salinas un no sé qué de necesidad perentoria, como si se sintiera azuzado por una voluntad de comunicación y de volcarse al exterior. Las cartas de Pedro Salinas, según hemos visto, son de una gran variedad, pero mantienen una unidad dentro de la diferencia bien característica. Son notables por la combinación y manipulación de registros, así como por su función estricta de registro: el recuerdo para el porvenir de eventos acaecidos. El fijar, desde la intimidad de la comunicación entre dos, cosas dichas y sentidas. De la vida a la muerte. Desde la vida y hasta la muerte. Las cartas nos presentan no a un nuevo Salinas, sino a uno con una voz complementaria de las voces ya conocidas. Representa una indagación en el "otro" que el escritor lleva consigo. Pero el epistolario -sería inocente por mi parte aseverar lo contrario-, restará siempre, supeditado a lo central de su obra, la actividad lírica. El epistolario, si por acaso, nos la ilustra y nos provoca y resuelve interrogantes. Y nos empuja con urgencia a la relectura del corpus lírico.

OBRAS CITADAS

- Alonso, Dámaso. "Prólogo." Pedro Salinas, *Ensayos Completos*. Ed. Soledad Salinas. Madrid: Taurus, 1983. 13-28.
- Altman, Janet G. *Epistolarity: Approaches to a Form*. Columbus, Ohio: Ohio State U.P., 1982.
- Bou, Enric. "Epistolaris: afers, amics, amors i batusses." *Revista de Catalunya* .41 (V/1990): 95-106.
- Guillén, Claudio. "'Notes toward the Study of the Renaissance Letter'." *Renaissance Genres. Essays on Theory, History and Interpretation*. Ed. Barbara Kiefer Lewalski. Cambridge, Mass.: Harvard U.P., 1986. 70-101.
- Guillén, Jorge. "Elogio de Pedro Salinas." *Pedro Salinas*. Ed. Andrew Debicki. Madrid: Editorial Taurus, 1976. 25-33.
- Kaufmann, Vincent. *L'équivoque épistolaire*. Paris: Les Éditions de Minuit, 1990.
- Kaufmann, Vincent. "Rélations épistolaires. De Flaubert à Artaud." *Poétique* .68 (XI/1986): 387-404.
- Lejeune, Philippe. *Moi aussi*. Paris: Editions du Seuil, 1986.
- Marichal, Juan. *Tres voces de Pedro Salinas*. Madrid: Taller de Ediciones J.B., 1976.
- Poggioli, Renato. "Ricordo di Pedro Salinas." , en Pedro Salinas. *Volverse sombra y otros poemas*. Milano: All'insegna del pesce d'oro, 1957. 7-14.
- Proust, Marcel. *Contre Sainte-Beuve. Folio Essais, 68*. Paris: Gallimard, 1989.
- Salinas, Pedro. "'Defensa de la carta misiva y la correspondencia epistolar'." *Ensayos completos, III*. 1983.
- Salinas, Pedro. *Ensayos Completos*. 3 vols. Madrid: Taurus, 1983.
- Salinas, Pedro y Jorge Guillén. *Correspondencia (1923-1951)*. Ed. Andrés Soria Olmedo. Barcelona: Tusquets Editores, 1992.
- Salinas. *Cartas de viaje: 1912-1951*. Ed. Enric Bou. Valencia: Pre-Textos, 1996.
- Stixrude, David L. "Introducción." Pedro Salinas, *Aventura poética*, Madrid: Cátedra, 1989: 15-58.

4 CARTAS DE PEDRO SALINAS

1.

A CATHERINE CENTENO

Wellesley, 13 de octubre de 1937

A pesar de ser día 13, lo de la mala suerte se ha desmentido, y el correo me trae la noticia de que existen ustedes, y de que se acuerdan de mi existencia. Yo ya empezaba a creer que Middlebury, los Centeno, el ajedrez, las flores, mi drama, los Western, mis driving-parties, habían sido todo, “el sueño de una noche de verano.” Y no me resignaba a dejarles a ustedes reingresar en el mundo de los fantasmas incommunicables; ya me disponía a lanzar un nuevo S O S, a las regiones vermontianas, para convencerme de si eran Vs. espectros de una fantasía acalorada, sobre un tema estival y docente. Bueno, ya no digo más tonterías, por ahora.

Siento muchísimo que se les haya malogrado ese viaje sorpresa a este lugar. Pero hay tiempo. Por mi parte me encantaría subir hasta Middlebury, pero no sé las combinaciones posibles de trenes, y me parece difícil, por el momento, porque el 23 voy a Baltimore y luego espero que esté mi familia conmigo, y no quiero dejarlos solos en las primeras semanas. Ustedes que son dos solitos, y tienen ese hermoso pseudopodio, deben dejarse caer un week-end por aquí. Estoy deseando que conozcan Vs. a mi mujer y cachorros.

Como sé que todo lo concerniente a business toca, en este feliz país, a la mujer, me permito preguntarla a usted qué les debo por los gastos de envío de mis efectos, y demás *cosillas* que dejé en Middlebury. Se lo preguntaba a ustedes en mi anterior, pero guarda usted un silencio sepulcral, sobre ese punto, mi ilustre amiga. Y como no me fio de que Don Juan me escriba pronto, porque somos compatriotas y conozco nuestra *furia* epistolar, la conmino severamente para que me diga sin pérdida de momento la cantidad que adeudo a ese matrimonio. No lo deje de hacer; me parecen mosquitos y me desazonan. De las no materiales, claro, no hay que hablar.

¿Supo usted algo de la tapadera de mi pluma? No me importa gran cosa, porque la que usted me compró en buena hora sigue en su puesto de honor, y me hace mucha gracia. Pero creo recordar que encargamos una, que era grande y se devolvió a la fábrica.

Yo tengo poco que contar. Fuí a Baltimore, a castigar un poco, por primera vez el sábado pasado. Viaje muy molesto y fatigoso. La travesía de New York en taxi, de Grand Central a Pennsylvania Station, cuando no se tienen más que treinta minutos de tren a tren, es una de las aventuras más thrilling que caben. No me explico como la gente se va en busca de emociones, de caza a África o a volar, cuando tienen tan cerca

esa ocasión, tan exciting, de emocionarse. Lo demás del viaje fue pura rutina, pero lo del taxi resultó insuperable. Fumé, de pura impaciencia, seis pitillos, casi lo mismo que usted. En Baltimore estaba Miss Turnbull. Resulta que traducir mis poesías sigue siendo su hobby: ha traducido ocho más. No sé qué hacer para pararla.

Como ven ustedes los asuntos de Europa, indecentes. Mussolini e Hitler, o “los chulos del eje”, como los llamo, han vuelto a *pisar* a las dos grandes democracias de Europa, que quedan en ridículo. Y en Asia el Japón *consume* de dos a tres mil chinos diarios. ¡Viva el homo sapiens, y la civilización moderna! Un gran abrazo a Juan, y a usted los recuerdos y amistad de

Salinas

2.

A GUILLERMO DE TORRE

Baltimore 2 de enero de 1948

Mi querido amigo Guillermo de Torre:

El año nuevo agita y remueve nuestros recuerdos, sobre todo de las deudas; y nuestros remordimientos sobre su incumplimiento. Yo nunca debí dineros, pero me paso la vida debiendo cartas, querido Guillermo. Y de haber ahora, como las había antes, prisiones por deudas epistolares, ya estaría en una de ellas. Lo cual, por otra parte, me daría tiempo para escribir cartas, y así lograr la remisión de mi pena. Bueno, ¿qué le voy a contar a usted? De este año recién pasado lo mas saliente fue mi excursión por algunos países de Sudamérica: Colombia, Ecuador y Perú. Di conferencias en siete u ocho Universidades, y en todas partes me trataron con atenciones y obsequiosidad sin cuento. Pasé el mayor tiempo en Colombia. He aprendido mucho de ese misterioso mundo de lo hispano americano, del que tanto tenemos que aprender los españoles (aunque no en el sentido en que Larrea lo toma, por supuesto). He conocido a algunos jóvenes, y no jóvenes, de interés literario e intelectual. Y, como le decía, me han abrumado, en la prensa, a artículos, ensayos y notas sobre lo que tengo hecho. Usted amigo Torre, como vive en una magna ciudad de lengua española, no se da cuenta de que los que residimos en país de lengua extraña somos dos veces desterrados. Vivimos en un modo de incógnito, en cuanto a escritores. Y apenas se sale, y se penetra en el mundo lingüístico hispano, se retorna al medio normal de nuestra actividad literaria. Esas seis semanas de rodar por aires donde se habla español, me han animado un poco y distraído de mis cuitas de las que luego le hablaré. Y me empujan a intentar, para el verano próximo, otro viaje, a la parte que me resta de Sudamérica, Argentina, Uruguay y Chile. Ando en gestiones preparatorias, que no sé si cuajarán. Por mil razones me gustaría ir. Una, muy importante para mí, es por ver si doy salida

a mi teatro. Teatro encajonado, lo llamo, en cuanto que lo que escribo va a parar a un cajón. Pero persevero, no obstante y a estas alturas ya tengo más de diez obras en un acto, y dos en tres actos. Alguna se va a traducir al francés, con vistas, posiblemente, a la representación, aunque primero se publique allá en una revista. No me gusta mucho eso de publicar teatro, antes de hacerse en las tablas, pero no hay otro modo, en este destierro.

Le decía a usted antes de mis cuitas. ¿Sabe usted cuáles son? Se lo voy a explicar, pero previamente, quiero distinguir en usted, en el destinatario de estas palabras, al escritor, al compañero, y al amigo de años, del directivo de la casa Losada. Es al primero, al que hablo, en el debido tono familiar, y no al segundo al que me quejo, amigo Torre, entiéndame bien. Mis cuitas se reducen a que escribo, escribo, y no tengo facilidades de publicar. Mis poesías están fuera del alcance de los que quisieran leerlas, agotadas. Ahora, al andar por esos países mucha gente me preguntaba por ellas. Eso vale para las conocidas, y lo mismo para las inéditas: tengo material para un libro nuevo, hace más de tres años. Claro, esa situación de *inexistencia* o *letargo* poético repercute sobre mis ganas de escribir. Se crea una de esas situaciones que algun día estudiará un sociólogo de la literatura: el conflicto entre el íntimo deseo de escribir, y la resistencia del medio social a absorber lo que se escriba. Hasta ahora, en estos últimos años, venció lo primero. Hace unos meses parece que va predominando el desánimo. Sobretudo se me hace triste, simplemente triste, el llegar a mis años, años de edad y de literatura, a esa situación. Y se le pone a uno al alcance la solución, -la que no lo es, claro, en el fondo, pero nos seduce con su apariencia de serlo- de que lo más sencillo para ahorrarse esas cuitas, es no escribir. Todo ello proviene de otra situación psicológica del escritor, la del destierro. (Verá usted que me preocupa mucho estos últimos tiempos, toda esa problemática de escritor y mundo, o creador y sociedad. Me parece que va a ser uno de los temas de nuestro tiempo. Y que valdría la pena que persona como usted se acercara a él, a fondo y sistemáticamente.) El destierro, en extranjería, es *per se* una situación humana; cuando el desterrado es escritor, se origina una nueva situación, especializada, el desterrado en cuanto escritor, de la cual sale otro efecto humano. Hay todo un mundo de curiosísima exploración. Lo que me pasa a mí es que he llegado a él no por discurso y abstracta vía, sino por experiencia. Porque se sufre, en mi caso, de dos males: destierro, de España; y distancia, alejamiento de los centros culturales de habla española, como ese donde usted vive. Creo no equivocarme al pensar que de estar yo ahí, muchas de las dificultades con que me encuentro para publicar lo que hago, se allanarían sorprendentemente, por esa valor de la *presencia*, en la vida de lo hispano. Y basta ya de mí y mis dolamas, amigo Torre.

Hablemos ahora de algunos amigos y otros asuntos. Lo más terriblemente triste de ese año ha sido para nosotros la muerte de Germaine Guillén. Después de sufrir una operación se fueron, cuando ya Germaine parecía un tanto repuesta, a París, con el pro-

pósito de pasar allí el año de licencia *sabática* que correspondía a Jorge. Y allí, en su ciudad natal, ha muerto Germaine. No sé qué va a hacer Jorge, solo, cuando vuelva aquí que será para febrero. Por lo pronto vivirá en casa de su hija, Teresa, casada con un joven hispanista de mérito, Gilman, en Princeton. Dámaso Alonso llegará a EEUU en febrero; viene por un semestre, es decir hasta junio, a Yale University. Se propone ir por esas tierras de América, también. ¿Ha visto usted la novela de su mujer, Eulalia Galvarriato? Para mí ha sido una gran sorpresa, y muy grata; el libro me parece muy fino y delicado, sin ninguna *pretensión* literaria, y no obstante muy dentro de nuestro tiempo. Luis Cernuda está hace tres meses en Mount Holyoke, contento al parecer; yo no le visto aún, aunque nos carteamos. Rafael Lapesa viene a Princeton, también por unos meses, en febrero. Y Montesinos está en Berkeley, California, incomunicado, por su designio, con todos sus antiguos amigos. Nadie sabe nada de él. Clavería está en la Universidad de Philadelphia, muy inclinado a la lingüística. ¿Vio usted sus ensayos sobre literatura moderna española? Los encuentro desequilibrados en favor de la erudición y lo documental, y en perjuicio del final acierto crítico. A Amado hace varios meses que no lo veo, aunque correspondemos asiduamente. Ahora está, hace ocho días en México. Y esa es la revista de lo que a usted acaso le pueda interesar sobre esta “carta de posición” de intelectuales españoles por estas tierras.

No quiero dejar de hablarle de un asunto delicado, que nos interesa a todos como españoles, y a usted además como directivo de LOSADA: El “Cancionero inédito” de Unamuno. Ya hablamos de esto antes. La cosa es como sigue: el original lo puso María de Unamuno, en manos de Onís, por encargo de su hermano Fernando, el mayor, que lleva los asuntos editoriales (del modo desastroso que estamos viendo). Onís, según dijo él a María, les propuso a ustedes la edición. Pero el tiempo pasa, y pasa. Y desde España se queja Fernando de Unamuno, a su hermana María, de que Onís no le escribe. Y ustedes por su parte tampoco saben nada de él. María está desesperada, y no se le ocurre qué hacer. La pobre ahora se encuentra en Cuba, sin poder volver por el momento a EEUU, por mor de las leyes de inmigración. El asunto es delicado por el carácter de Onís, a quien lo gusta que le digan nada. Y porque mi amistad con Onís, me impide aconsejar a María que haga lo que debía hacer: que le reclame el manuscrito y se lo mande a ustedes, sencillamente. Me parece, que estaría bien si ustedes escribieran a Onís preguntándole que hay de ese manuscrito y haciéndole ver, con tacto, lo conveniente de su entrega pronta. Como usted verá, todo el quid de la cuestión está en Onís. Hagan lo que hagan, le suplico no se refiera a mí, porque conozco a Onís y no quiero rozamientos con él. Pero es lamentable que esté así la obra de Unamuno, sobretodo su magnífica poesía.

De literatura por aquí, nada nuevo. El predominio aplastante de los libros de tipo de periodismo político, y de las novelas sensacionalistas, *best sellers*. Y los esfuerzos de las minorías por rebasar el cerco en que se hallan. Muy curiosa la polémica recien-

te sobre “una enfermedad de la literatura americana” de Bromfield, Miss Halsey y otros. Pero volvemos a la sociología, cuando lo que a mí me llama más cada vez, es la obra en sus más adentrados adentros.

Bueno, querido Guillermo, muchos saludos a Norah, y un abrazo de 1948 de su viejo amigo

Pedro Salinas

PD. Escribí ayer al Sr. Losada, Business letter. Véase con él, si tiene un momento. Le hablo de mi poesía, y le anuncio, que si sigue con las mismas dilaciones indefinidas para la publicación, que tantas veces me tiene prometidas de mis libros, vale más que yo procure editarlos por otras vías. Lo siento, pero ya no me queda más surtido de paciencia, sobretodo después de la demora del libro sobre RUBEN DARIO. Ese retraso en la salida me ha causado un notorio perjuicio académico, que algún día le explicaré. Pero quede esto fuera de *nuestra* carta.

3.

A SOLITA SALINAS Y JUAN MARICHAL

31 de enero de 1950

Queridos niños :

Ya puedo escribiros; he terminado el Balzac, primer compromiso. (Por cierto, no entiendo lo que me dice Juan en su *especial* de hoy. Lo que yo le pedí por teléfono el domingo es que llamara a Jorge recordándole su promesa de mandarme el ejemplar de Wellesley College, que yo, por mi parte, ya le había recordado hace diez días. Quiero decir que no entiendo por qué buscáis el libro en Harvard.) Y luego he atendido al segundo, al de la revista, aún nonnata de Puerto Rico, y me he despachao, casi, casi ya, un ensayito muy mono sobre la carta quijotesca a Dulcinea. No diréis que no trabajo. Es el autentico *pis-aller*; o a falta de cielos, (niños) buenos son consuelos (escritos.) Pero no se me pasa no, la nostalgia y me dan patatuses cien veces al día, al pasar por los sitios donde iba yo de paseo con el caballero. Ni se me pasa la inquina mortal que os tengo, ni el odio que profeso a Harvard, y a media humanidad. Por lo demas en casa reina la calma, y sólo se oye el rítmico tecleo de mi aparato escritorio, dale que te dale. He vuelto a la noria, como el caballo que le soltaron para triscar y regocijarse unos días y luego le ponen otra vez a dar vueltas. (La metáfora es especialmente dedicada a vosotros y no se insertará en ninguna otra obra.)

Ardo en deseos de saber de qué hablará Juan en Wellesley, si la conferencia es en inglés o español, cuándo, etc. No olvide usted que si no hay sus toques de *sense of humor* está usted perdido. Information, please!

Pensábamos ir esta semana a hacer la excursión triangular Phila, Bryn Mawr, Princeton. Pero por un lado, porque no tenemos ganas de movernos y por otro, porque preferimos estar aquí cuando venga la tía de Juan no iremos. Tiempo hay.

¿Ha visto usted lo de don Américo en la NRFE? Me ha mandado tirada aparte y he leído la primera mitad; estoy en el umbral de los visigodos. Me gusta. Tiene brío y novedad, y aunque insiste en las ideas de España en su historia, las profundiza y aclara. Por cierto que en la distribución de libros que hizo Spitzer para que los estudiantes los comenten en el Romance Journal Club una insensata criatura, fémнина cometió la imprudencia de escoger *EsP en su hist.* No sabe mucho español, no ha estado jamás en España, de modo que supongo se hará un lío indescriptible, mejor dicho descrito en su trabajo, que cae el mes que viene. Se comentará. Y ahora el estupendo suceso ocurrido en Baltimore la semana pasada. Fue la inspección por la Junta de Censura, de la película española *Don Quijote*, que empieza el jueves en el Little. Solicitaron a Tito (por Loyola) y a la mujer de Wardropper (por Goucher); pero como ésta no pudo ir fue el esposo. El relato, hecho por Tito frisa en el helenismo, como dijo el otro. Primera objeción: Maritornes, cuando sube en busca del arriero con su camión de noche. “Obsceno, pornográfico” gritó una dama de la Junta. Según ella era la mirada de Maritornes la que denotaba sus intenciones; se pasó el trozo dos o tres veces mas para mirarle la mirada a la infeliz. Segundo reparo: el latinajo, *Dominus vobiscum*, del ventero cuando arma a Don Quijote: podría tomarse como irreverencia por la Iglesia. Wardropper les hizo notar que el Quijote no estaba en el Índice, y que la película era española, es decir hecha bajo el manto de la Iglesia. Como si no. Tercera: arremete Don Quijote contra el rebaño de ovejas. Pase, aunque con resistencia; pero cuando ensarta una oveja (de trapo, claro) y la alza con la lanza en el aire, se alza también el grito de protesta de la dama y caballeros: eso no lo tolerará la Sociedad protectora de animales. Y ya viene lo más grande: los azotes que tiene que darse Sancho para desencantar a Dulcinea. Claro han de ser en las posaderas y ahí está lo grave. Tanto como a Sancho les duele a la Junta que sea ahí, precisamente. Porque en el letrero inglés aparece la nefanda palabra: *buttocks*. Esa palabra hay que borrarla. Wardropper se levanta y dice: “I am British and I don’t know a better word for it.” Total Tito y él formularon voto particular y no se sabe si quitarán esos trozos y vocablos o no. Esto no es invento mío; ha sucedido, tal y como se relata, en esta ciudad y en 1950, año de la bomba hidrogénica. Yo supongo que lo que no les gustó no fue esos pasajes, sino la película entera, indudablemente desconcertante para el *abencerraje*. Yo me precipitaré a verla el primer día por si la quitan al siguiente, en virtud de la justa indignación pública. Así se hereda la civilización occidental, y “echa p’alante, Manolo,” que dicen en esa civilización.

Ha aparecido Pili la portorriqueña. Cuenta cosas de Puerto Rico; se transmitirán otro día. Hoy no va más. Juan, ¿qué libro es ése de *Villar* que usted me dice? No tengo la menor idea.

Guardemos silencio sobre los ángeles, a los que Dios proteja de Cambridge y sus padres. A ver, ahora que os quedáis solos cómo me los cuidáis.

Salud y conferencias.

Padre

[a mano] Lo de las postales diarias agrada mucho al público. ¡Duri!

4.

A J. FERRATER MORA

Middlebury, 2 de setiembre de 1950

Mi querido Don José: Una de dos: o no contesto a su carta, de hace ya tanto tiempo, o contesto tarde, es decir el día de la fecha. Del mal, el menos. Opto por lo segundo. Y no es que no haya tenido tiempo, no: tengo el mismo que usted que Mr. Truman, o J.R. Jiménez: es decir 24 horas al día. No me explico porque la gente cuando deja de hacer algo, le echa la culpa a la falta de tiempo, dado lo evidente de mi proposición anterior. Lo cierto es que no le [he] escrito a usted porque dentro de ese tiempo de que disponía he hecho otras cosas que no escribirle a usted. ¿Cuáles? Pueden reducirse a dos: cumplir con mis obligaciones docentes en esta Escuela de Verano, y satisfacer mis gustos de abuelo, en este verano, sin Escuela, ahora. Lo pasamos bien (no obstante la cochina horita -que eran dos- de clase) en el Curso: gente simpática por alrededor, del Río, Paco Lorca, Blecua, un profesor de Zaragoza, excelente chico y muy versado en poesía clásica, de amigos permanentes. Y luego cayeron por aquí en dos week-ends, Amado y Jorge. Las tareas terminaron el día 17 y entonces nos trasladamos a esta casa, -alquilada por un mes, donde le escribo de la que no he terminado aún de asombrarme. Casa típica de New England, espaciosa y con muebles de estilo colonial, en superabundancia, hasta tal punto que casi no permiten a las gentes ser semovientes. Todo huele a rico y tradicional. No se puede usted figurar lo que es para alguien acostumbrado a vivir en lo que llama mi yerno “estilo *emigrado*” lo que es verse en este estilo de arraigado. Despertarse en una cama de caoba, obra jamaiqueña, de una especie de barroco caribe, con cuatro enormes postes, que antes sostuvieron un dosel, le da a uno la idea de propia grandeza y señorío: pero en cuanto se pone el pie en el suelo, se acabó el señorío, porque es menester poner la mesa del comedor, o cosa semejante. De todos modos lo pasamos bien. El dueño de la casa tenía una gran biblioteca que nos rodea por doquier: estantes en la sala, en las alcobas, en todas partes. Parece como que la Providencia me trajo aquí para darme la última ocasión de *hacerme una cultura*, pero la he desaprovechado una vez más. Mula est redemptio, como dijo otro inculto. Los únicos libros que he tocado son la “Anthology of Nonsense Verse and Prose”. Ello,

para contrarrestar la lectura de la prensa, desgraciadamente diaria, y de la semanal. No porque el nonsense no falte en ella; pero es de prosa de Truman y poesía de ocasión. ¡Lo que se está usted perdiendo por hallarse en esas tierras! Algo, supongo llegará a la prensa francesa, si usted la lee. Pero no tanta maravilla. Ya hay tres cráneos privilegiados, dos de ellos abrigados por la gorra militar, que han pedido la guerra preventiva. Uno de ellos ha demandado que los EEUU se conviertan en “agressors for peace.” De suerte que la vida pública americana consiste ahora en una serie de declaraciones de generales, hombres públicos y diputados que abogan la susodicha guerra preventiva, y otra serie de contradecларaciones del Gobierno, en que se oponen a tan sensata actitud. Eso de *to wing our way to Moscow*, es ya lugar común. Naturalmente con lo bien que va la campaña de Corea nada más natural que pensar en ensancharla a otros *teatros*, como dicen los críticos militares. Por lo pronto prepárese a dejarse descontar más dineros de su magno sueldo en cuanto regrese; y a dejarse despellejar por todo tendero con tienda abierta, ya que una de las primeras consecuencias de esta semi movilización general en defensa de la dignidad del hombre, es permitir un prudente aumento en las ganancias de la grande, mediana y pequeña industria. Y como casi todo ciudadano está incluido en algunas de esas zonas, el regocijo ante los fantásticos gastos militares es total. Ya va cundiendo la depuración en todas las esferas sociales: Universidad de California, radio, cine y televisión. ¿Usted ha oído hablar de cierta matrona que hacía de jefa de la *Aldrich Family*, número burgués de gran éxito en la radio y la televisión? Claro que no. Pues ya ve usted tan insidiosa es la *infiltración*, que ahora resulta que era comunista. Y la han echado del programa. ¡Habrás visto perversidad como ir a corporeizar la madre de familia típica, en una comunista! Vamos, eso de era o es comunista, no lo ha probado nadie; y ella asegura que nadie lo puede probar porque jamás lo fué. Pero quién va a pararse en esas minucias. Basta con que alguien diga, que usted o yo, o Acheson o Jesucristo es o fue comunista, para que ya se convierta en deber patriótico el creerlo. Ya se dará usted cuenta del progreso que la libertad y el discernimiento de criterio en los asuntos públicos se ha cumplido aquí, desde que usted nos abandonó. Y hasta quien sabe si será por eso, en parte: por la falta de filósofos.

Yo antes del verano, perpetré otros cuentecitos. Es mi última fase. Yo no sé si soy proteico, polifacético, polígrafo, o versátil (se dice en P. Rico) pero por ahí debo andarme. Espero tener ocasión para castigarle con su lectura, si me honra con su audiencia. Aunque cuando llegue usted a lo mejor tengo ya listo un poema épico en octavas reales, tan rápido es mi galopar sobre los géneros.

Bueno disfrute usted de esa ciudad y sus infinitas amenidades, sin olvidar las de la mesa y la bebida. ¡Quién las compartiera! Nos volvemos a Balto hacia el 15. Es decir yo me volveré sin mi víscera cordial, que queda con mis nietos.

Muchos recuerdos de todos los de casa para ustedes tres, Renée, don Jaime, y mi ilustre corresponsal, a quien envío un abrazo. (Depurado). No me despido con la fór-

mula habitual en un berebere como yo “¡Y la paz!” porque ya hasta la salutación islámica atufa a Stockolmo, que es el colmo.

Salinas

[Al margen, a mano] ¡Duro con ese libro! Aunque ya ha visto usted como cuanto más escribimos algunos, más baja el peso argentino. ¡Por algo será!